

27

**Diez Poetas Nuevos
de Antioquía**

INTRODUCCION

Decía alguien, que el poeta es un desterrado del cielo; vive lamentándose por un paraíso perdido, imposible de encontrar en el mundo en que vive. Con estas palabras queremos explicar el misterio poético. El poeta canta la gloria transitoria del mundo, el fugaz triunfo del amor, la efímera condición humana. Y en su mundo de valores estéticos. reside como un esforzado paladín de hierro y de lágrimas. Pulsa el arpa de la amorosa canción, entona el épico himno de la guerra y de la muerte. No le es dado el privilegio de la indiferencia. Debe estar con su patria y con los suyos. Más ahora, en este siglo masista y solidario. Creer, aún, en el intelectual puro y en el arte por el arte, cuando la muerte, la guerra, el hambre, el esfuerzo, nos aúnan y medularizan, no es solo una tontería, sino una traición.- El intelectual que deserta, fuera de hurtar el cuerpo a su propio destino, ha dejado de ser contemporáneo, y el arte antes que todo debe ser contemporáneo.

En nuestra Antioquia ambiciosa y masculada, honrada y varonil, los intelectuales han estado atentos al veloz e inclemente río del tiempo, con raras excepciones. Sobre modo, se han apechado los novísimos problemas que acosan al hombre, y han luchado por resolverlos. Han dado fe de su responsabilidad, consigo mismos y con la historia.

Esta antología de poetas que presentamos, nos confirma en lo que llevamos escrito. Estos poemas son muestra de la última poesía antioqueña. En ellos se pone de manifiesto el carácter de nuestro tiempo: acritud, muerte, ascetismo, angustia.

La poesía de Eduardo Correa está signada por directrices de misterio. Poesía intimista, su tormentoso caudal fluye por entre el mundo de la subconciencia, por entre los fantasmas del sueño y de la muerte. A cada instante se oye entre el arrecife de sus versos la marejada de la muerte: es que un

hombre dura como una bandera o como un candelabro entre el fragor de la vida, vecino de la muerte, caballero y adalid de su desventurado destino. Y a estas cualidades de verdad y autenticidad poéticas, se suma un contenido de la más señera cultura. El comercio espiritual con los más angustiados autores contemporáneos —KFK, Joyce, Woolf, Lenormand, Mauriac, Kierkegaard —imprime a esta poesía esa substancial esencia de la angustia que la circuye como un implícito mar.

El verso de Carlos Castro Saavedra es el producto natural de la guerra. Hijo de un militar, su infancia transcurrió entre el fulgor de las espadas y la conversación castrense. Parece que la guerra hubiera sido el golpe milagroso que lo tocó de poesía. Nace su poesía de un modo silvestre, espontáneo. Pudiera decirse que es la antítesis de la poesía de Correa. Este es el poeta intelectualista: pasión e inteligencia. Castro es el vate en bruto, fértil y desmesurado: pasión e instinto. Poeta épico, exotérico, cree en las gestas multitudinarias, en el grito ebrio de las masas, y se convierte en cantor de su pueblo, de sus héroes, de sus próceres, de sus vivacs. Poseedor de una huracanada fuerza poética, la gente vió en él, en un momento en que las fuerzas espirituales se pusieron a prueba y casi se quebraron, al profeta, al predestinado que entonaba la cornamusa del vidente y cantaba una victoria "incontenible como un amanecer". Fue, entonces, el hombre que exigía Neruda en el prólogo al libro de Ereburg. Ahora, pasada la hecatombe, no se sabe que acento y temática asumirá.

Federico Ospina es el más joven de los poetas antioqueños. Nació en Suroeste, región bañada de ríos, fertilizada de pastos, rumorosa de canciones, cuya belleza se hace himno en el cuerpo de sus altas mujeres. Nos trajo el ardiente y caliente mensaje de sus tierras. Tierra del café, del ganado, del oro y la madera. Ha escrito un poema telúrico a la región del río Penderisco, que por su concepción universal del paisaje, su potencia metafórica, traspasa el límite de las influencias que le llegan aún —Neruda, Carrera Andrade— y se coloca en una empinada colina de poesía. Une a su virtual y casi virgen condición poética una admirable cultura musical, filosófica y literaria. Ahora, trabaja en un magnífico canto a Beethoven, del cual publicamos un fragmento en esta antología. En él aparece ese mundo oscuro y lancinante del "sordo imposible"; escúchase la amarga resaca de la

pasión trunca; cruza una helada brisa de muerte; y un desgarrado piano navega lamentándose entre el fondo de los mares. Este canto elegíaco al grande músico germano, es uno de los más bellos poemas que se hayan escrito últimamente, por su desolada atmósfera de tragedia, su interpretación humana, su implacable acento de amarga poesía.

Hernando Rivera Jaramillo habla un trémulo lenguaje de lluvia e infancia. Desvelado cantor de lágrimas, adioses y rostros adolescentes. Su facilidad y fertilidad imaginativas, hacen de él un admirable poeta, accesible a todas las gentes. Es un funambulista de su propia imaginación. Publicará próximamente, editado en prensas de Chile, "La Luna y un Zapato".

Saúl Aguirre es uno de los poetas mayores de esta generación. Canta "entre el amor y la destrucción", tal como él mismo lo ha proclamado. Poeta elegíaco que fue en sus inicios, ha pasado a cantar el matinal coro de los niños en poemillas de belleza perenne, cuya letra discurre ya por la memoria de nuestras gentes.

Jorge Montoya Toro, es un dulce y nostálgico poeta del amor y de la soledad. Domina un mundo tenue del cántico, dorado en veces, brumoso e invernal en otras. Por sus poemas pasa la sombra poética de Germán Fardo García. Montoya publicó un tomo de versos, "Sombra del Aire", haz de sonetos, de una transparente belleza formal y esencial. Actualmente apenas si se le escucha en los suplementos literarios de los periódicos, como que es un silencioso trabajador.

El tenue mundo poético de Darío Restrepo Jaramillo transcurre por una delgada atmósfera de angustia y de silencio. Poemas a la amada escritos en las orillas del sueño, entrevistos y casi soñados al borde del corazón enamorado. Vaga nostalgia, trémula música, dolido suspirar, son las características de estos poemas de Restrepo, emparentados muy de cerca con la poesía de Castillo y de Llanos. En la Editorial "La Nueva Gente" publicó el libro "De la Angustia al Silencio".

La poesía de Mario Sirony está ajustada a normas estrictas de autenticidad y veracidad poéticas. Digo esto, porque por más que quiera hallár-

sele consanguinidad con la de cualquier otro poeta no se la encuentra por cabos. Poesía de la más ífna esencia musical tocada por la música bronca de nuestro idioma. Y si acaso a alguien recuerda es al mismo León de Greiff, por su riqueza verbal y polifónica, por sus múltiples matices, por su variada gama temática y por su acento un tanto nocturno y enigmático. Claro que estas directrices no se encuentran en los poemillas que aquí publicamos, y que no son sino prodromo de su polifacética obra lírica.

Mario Montoya Toro, hermano de Jorge Montoya Toro, es un poeta en agraz, "lleno del intenso temblor de la flecha no disparada"; gran potencia poética, alta cifra entre las nuevas generaciones de Antioquia.

Francisco Javier Zuluaga, es el poeta de la soledad. Temperamental e intelectualmente es un desolado caballero del silencio y de la angustia, crisálidas de la muerte que viaja por sus poemas, capitana y norte de su acento. Zuluaga estudia ahora Filosofía y Letras en Bogotá, y prepara para estos días un tomo de poemas en que nos dirá su dolorosa y señera verdad poética.

Entrad a estos poemas con la "comprensión de amor" que pedía un "varón varonial"; Rainer María Rilke.

IVAN PIEDRAHITA



SAUL AGUIRRE

CANCION DE CUNA

Arboró, mi niño,
arboró, mi bien,
duérmete en tu cuna
de cedro y clavel.

Arboró, dulzura,
arboró, querer.
duérmete que el ángel
vigila tu sien.

Arboró, mi nieve,
niño de mi fe,
duérmete en tu sueño
de nube y de miel.

Arboró, mi niño,
arboró, clavel,
duérmete en tu cuna
de herido laurel.

Angeles de espuma,
señor San Gabriel
vigilan tu sueño
de nieve y de miel.

VIAJERO SIN NORTE

Un hombre turbio avanza por los valles del tedio
con el duro rechazo de su sangre cautiva.
Nadie sabe el turbado lugar de su aventura
ni el disperso destino de su sombra vacía.

La bruma lenta cae sobre sus hombros vagos
y envuelve su estatura de medallas ausentes.
No hay descanso en el humo de su comarca ardida
donde el aire es su propia persistencia de muerte.

El hombre turbio avanza por los valles del tedio
bajo el duro recinto de su largo abandono:
toda el agua del mundo golpea en sus espaldas
y un sueño de cadáveres sustituye sus ojos.

Mirad su cuerpo lleno de mustias amapolas
eco aún de raíces sin tiempo despojado,
cuerpo en fuga de llamas, oh delgadas volutas,
donde un día los bosques crecerán como párpados.

Yo sé que sólo tienes tu límite en el trigo
y en polvo tu forma de habitante sin alas:
cuando caigas, oh amargo marinero del musgo,
las praderas del tiempo borrarán tu distancia.

Yo sé que sólo quieres un mar como una llama
para ser la ceniza de tu llanto sin fuego
y en soledad de junco descender hasta el barro
persiguiendo tu mundo con tu propio pañuelo.

Un día habrá en la tierra jardines desbordados,
corazones de fruta sin un cierzo de pena:
sólo entonces las zarzas mecieran tu partida
y alcanzarás tu muerte vestido de azucenas.



CARLOS CASTRO SAAVEDRA

TIERRA DE ANTIOQUIA Y CALDAS

Oh tierra de estos pueblos.
Tierra de Antioquia y Caldas.
Tierra de las cosechas, tierra de campesinas,
tierra que pares rosas y que pares doncellas
dulces y que asesinas.

Tierra de los maizales:
Tú levantas racimos de mazorcas doradas
para que la cintura del viento se perfume
en esas vegetales cabezas despeinadas,
que al pie de los abismos
parecen detenidas en mitad de un suicidio.
Tierra de las cañadas y de los precipicios.
Tierra que tejes incansablemente
la red sangrienta de los cafetales
para pescar bambucos y luceros.
Tierra de las legumbres extasiadas
en la contemplación de las estrellas
y en la contemplación de los gusanos
que aprenden verdes rutas
en la geografía de las hojas.

Tierra del contrabando y las quemantes
botellas de aguardiente pendenciero.
Tierra de los varones esforzados
que escriben versos y descujan selvas.
De los que tienen corazón de piedra
en frente de una piedra huracanada
y perfumado corazón de rosa
enfrente de una rosa enamorada.

Tierra de las mujeres que se doblan
sencillamente y amorosamente
sobre el surco y el hijo y la plegaria.
Sobre el surco que rompe la semilla
para iniciar la forma del aroma.
Sobre el hijo que sueña dulcemente
místicas cordilleras alumbradas
por un escapulario de luceros.
Y sobre la plegaria que parece
un vino enamorado y conmovido
sobre la copa azul del firmamento

Tierra de los arrieros y el machete
que inaugura relámpagos de plata
entre la noche verde de la selva.
Tierra de los trapiches y los cantos
atardecidos contra los barrancos.
Tierra de los pañuelos colorados
que dicen el recuerdo de las barberas ávidas,
Tierra de las campanas y los dados.
Tierra de serenatas y de gallos
con puñales de espuelas enterrados
en el vientre y los ojos
que son vivos diamantes enlutados.
Tierra de las guitarras y las minas
que tienen muertes trágicas
cerca de los metales y las lámparas.
Tierra de pueblecitos bautizados
por un celéste batallón de arcángeles;
pueblecitos azules en el alba
que se llaman Jardín o Risaralda.
Tierra de Arias Trujillo,
señor de los paisajes y la policromía
que nombraba una rosa y parecía
que toda la montaña era un rosal
y que en ese rosal amanecía.
Tierra de Nito, jugador de gallos,
tiplero y vagabundo,
que decía luceros en lugar de palabras.
Tierra que es todo un río vital que se levanta
para golpear la frente de los astros.

Tierra de Antioquia y Caldas
tu paradoja es esta:
matas lo que nació de tus entrañas.
Matas los hombres que se alimentaron
con la dulcedumbre de tu propia savia.
De pronto te dejas caer en derrumbes,
en árboles rotos, en piedras silbantes,
y con unas turbjas manos delirantes
matas a tus hijos que son tus amantes.
Y luego te quedas sobre los escombros
esperando ansiosa que nazca en tus hombros
una flor bermeja que diga en el viento
que sí tenían corazón los muertos.

Oh tierra de estos pueblos.
Tierra de Antioquia y Caldas.
Tierra de las cosechas, tierra de campesinas,
tierra que pares rosas y que pares doncellas
dulces y que asesinas.



HERNANDO RIVERA JARAMILLO

FABULAS DEL AGUA

Está sonando el agua
que espera mis brazos
como una criatura inválida!

En el sol con flores del patio
élla es la niña de la casa
que juega, llora y ríe
con una estrella en la garganta.

Y en la noche de miedo
como los niños silba y canta
y se levanta cuando llego,
sobre sí, azul y delgada.

Yo no conozco
más que esa agua!
Claro rocío de la hierba
y paloma de la mañana,
parecida a los niños
y a las lágrimas!

Porque una hormiga se comió la luna,
yo tenía cuatros años, también lloraba el agua!

CANTO AL OCEANO

Al final de los ríos está el mar hace años. ·
Sus costas melodiosas caminantes del mundo,
sus olas almirantes que levantan los párpados.
Al final de los ríos
abre su flor lo amargo!

Y me llega de lejos, como un diálogo a un niño,
como la multitud que despierta al guerrero,
o el tropel de caballos al hombre paralítico.

Son viejos esos ríos que llegan al océano,
con sus oscuros rostros que azula un dulce cántico;
su infancia está allá lejos, sin poder olvidarse,
dejando caer la gota del dolor en los años.
Su infancia está con ellos
detrás del mar, llorando!

Entre niños y pájaros, en los abiertos montes,
como un niño perdido en medio de unos árboles,
y su pequeño cuerpo siente llegar el agua
y se hace grande y turbio como un inmenso brazo.
Juegan en sus orillas árboles y cantares,
beben su sangre agudas raíces del verano,
y en las ciudades blancas, en sus pozos se pudren
la luna y un zapato.
Y en las noches oscuras
cuentan sus ahogados.

Al final de los ríos estará el mar amargo.
Y llora el mar sus naves, llora sus marineros,
llora todas las sales del dolor más amargo!



JORGE MONTOYA TORO

CENIZA DE LA MUERTE

Sombra no más que el corazón alcanza
a entrever en la noche desolada;
voz sin labio, respuesta sin llamada,
paréntesis de bruma en la bonanza.

Nave de todo puerto, que remansa
en su silencio el prisma de la nada,
al fondo de la sangre vive anclada
presta a zarpar cuando la sombra avanza,

Con su proa desata tempestades,
olas somete a su cordaje fino
de mástiles y velas cenicientos;

el espíritu aprende sus verdades
oteante en sus jarcias y marino
por un mar de crepúsculos violentos.

RETORNO A SAN FRANCISCO

Al fin torno tranquilo
a este elemental conocimiento
de la rosa, del árbol y del lirio;
a ver de nuevo todo
a través de un cristal palidecido:
el amor a mi lado ha sonreído
y me ha rozado con sus alas
y sobre el corazón lo he sostenido,
pero no era su forma suficiente,
ni crecía su trigo
sobre el amargo surco del corazón atardecido;
y sin embargo hubiera deseado verlo vivo,
nutrir mi soledad,
cercarne todos los caminos
y flotar blanco de pureza
en el perfume de los lirios.
El amor que se encierra en una lágrima
o en una tenue gota de rocío....

Pero hoy quiero volver, el corazón en alto,
seguro, puro y limpio,
a ser hermano de la rosa
que arde en amor su rojo vino;
a dialogar con el agua
que trae su acento cristalino
cuando pasa bajo las ramas
de árboles recién floridos,
a hablar con las avcillas
con el dulzor de San Francisco
que tenía el corazón
hecho de pétalos de lirio.



EDUARDO CORREA

PROCESO DE LA SOLEDAD

Aquello que me llenaba de pavor,
que rodeaba mis horas y mis días
con sus miedos pueriles;
aquello que saltaba como un pez
al menor movimiento de mis brazos,
para que rodaran por el pecho
las lágrimas que no sabía detener.....

Aquello era ya la soledad.
La sentía venir cruel y directa
en el pensamiento de muerte de mi abuelo,
en esa lentitud de las noches tremendas,
sobre sus venas rebeldes
que andaban con su corazón por toda la casa.
Se escondía ciñéndose a todo lo largo
en el ángulo de los ladrillos y la tapia,
para hacerle camino a la muerte
que saltaba durante albas y tiempos incompletos
por la pelambre oscura del perro.
La veía correr por el tubo vacío,
persiguiéndose, hasta el recipiente de las hojas;
luego, en un instante cualquiera, inesperadamente,
su prematura madurez brotaba al borde del agua
y la teñía de colores inusitados
que eran duros en mi retina.

Aquello que temblaba sobre la puerta de la criada
llamándome con su mano de calor
hacia sus senos amargamente quietos
y hacia sus piernas que crecían entre el humo
como si fueran a convertirse en madera....;
aquello que me invitaba a sus ojos,
espíandome en los vasos
y en la línea de sus caderas insomnes
y en el costado derecho de la jaula
hacia donde saltaban los pájaros....;
o presintiéndome en la rigidez de su nuca
y en el salto hacia atrás de sus hombros,
y amándome, por fin, en mi sangre torpe
que rechazaba el doloroso ir y venir, lento,
de los ojos en armonía con las manos....

Aquello apenas era la soledad.
Era un desaforado deseo de partir
entre gritos y alborozados miedos,
de ser tan fuerte para no regresar,
o tan débil para ignorar
que la llegada me clavaría las espaldas
sobre un olvido, o sobre el silencio de mis pies,

o sobre la primera sensación de vacío
cuando comprobara que no había nada
en el aire por el que pasaban las muchachas....

Aquello apenas era la soledad.....
Eso, que sabía dejaba por la mañana sobre el lecho,
y encontraría sólo a la hora en que Dios me esperaba
para recordarme que, allá lejos,
se hablaba de mi corazón como de una orilla
a la que nunca vendrían los niños a recoger,
a saltar con los caracoles.

(Sin embargo, todo esto sucedía
más allá de la lejanía en donde estaba
la casa de mi amigo, el que solía decirme:
Tus manos están hoy blancas... (y de repente):
Tus ojos están más tristes que tus manos....!)

Era la soledad junto a la infancia
como el sabor de la sal que llega con el nombre!

(Recuerdo vagamente que había una mujer
que se expresaba con palabras extrañas
acerca de la luna, y me miraba.....
mirándola por entre unas campanas vecinas).

¡Era la soledad junto a la infancia!

Hoy.....
Hoy es la soledad de sentirte pasar
y saber que adivinas la hondura de mi pecho;
la soledad de que estés esperando a mi puerta,
tan sola, sin sueños, como un recuerdo que viene
no se sabe si de la noche o de la vida;
la soledad de saberme comprendido de tí,
y por tí de los que me impelen a huir;
la soledad de tus pasos... y mis pasos, perseguidos
por una humedad de fronda
que apareja un espacio para la muerte...

Aún esta soledad sería sólo para la muerte!

Pero la certidumbre como un hielo
abriéndome su rosa—¡su implacable!—sobre el pecho,
con su nefanda música—¡su lejana!—en la noche,
con todo, ¡con aquéllo!,
como un fardo sobre mi lengua,
es ya la soledad que empieza a irse,
a desatarse como aquel silencio
que no alcancé a tocar.....

Y nada queda ya. Apenas si está el labio
recordándome, sin palabras, el sabor de la sal
que llegó con el nombre detrás de la infancia.



FEDERICO OSPINA

ASCENSO HASTA BEETHOVEN

(Fragmento)

LA CANCIÓN DE TERESA

Tengo un pañuelo blanco y una lágrima antigua.
Cuando el amargo piano se quiebra en mi suspiro,
cuando la sangre vierte su inútil sacrificio
y la carta amarilla tiembla bajo mis párpados.

Cuando sobre las hondas colinas de mi pecho
la lenta sal se llega por caminos de herrumbre.
Un oído me cubre la boca con arena
y hasta mi corazón quiere llover claveles.

Aquí estoy, en la noche, mordiendo soledades,
cubriendo con mi luto los cabellos helados,
porque la aurora sepa de mis largas pestañas
que buscan el camino de la flauta secreta.

Aquí, donde la rosa se hace puñal furioso,
donde por mil caminos de celeste ceniza
cantan nardos y néctares una huella sin torso
y disuelve el alisio una oxidada luna.

Eterna en el rincón de la noche sangrante,
rodeada del musgo que levanta el silencio,
una escala de violas borda mi amargo anillo
para mi soledad que nunca desemboca.

Mi lecho sin dulzura busca un norte de pulso
cuando mi seca túnica sale a llenar el aire.
Mientras miro en un astro mi sollozo partido
detrás de otro sollozo sin mundo ni rosales.

Yo era como la yedra que subía por su hombro,
como lirio de invierno para su lejanía.
Era como un minúsculo cuerpo deshabitado
donde él hundía siempre su cabeza hasta el alba.

Fuí gritando por todos los espejos nocturnos
la lumbre de su amor contra mi rosa neutra,
y me quedé en el seco camino de su anhelo:
lucha de sal y miel y de costado abierto.

Mi corazón tenía la forma de una aldea.
Detrás de la ventana con manzanas y niños,
yo ví llegar su angustia, su acento prisionero,
anclado en mis mejillas de insomne mariposa.

Quiero aullar en el bosque de profundas estrellas.
Quiero alzarme en la verde raíz de mi congoja,
para expresar mi sangre de hembra desolada.
Yo quiero aquí tocar su arcilla con mi sombra!
Quiero un ardido hueso despertar de su polvo
y ver su voz ya fría llegar herida y pálida
por entre agudos gritos y palomas de miedo.
Quiero huír en el viento que arrastra girasoles!
Quiero gritar mi odio por todas las estatuas!
Que el alba me descubra desnuda sobre el guante
y que un bosque penetre por mi leve saliva.
Ay, amor invisible sobre el agua y la brisa!
Ay, círculo y distancia sobre el lecho vacío!



FRANCISCO JAVIER ZULUAGA

SUPLICA SIN NOMBRE

A tí te entrego, dulce Jesús mío,
la pena de mi amor y de mi olvido,
y a pesar de mi lúgubre desvío
me siento por tu sangre sostenido.

Por la lejana escala del rocío
su presencia de estrella no ha venido,
y en el desvelo de su amor tardío
desciende a mí tu cuerpo sonreído.

Hoy vuelvo a la bahía de tu abrazo
para llorar en tu amoroso lazo,
esta angustia de haberla amado tanto;

para vagar entre el azul perdido
con el dolor de nunca haber reído,
y darte mi alma con la voz del llanto.

SUPLICA DE NAVIDAD

Aquí presente mi amoroso dueño,
mi corazón de lobo vuelto rosa,
el odio transformado en dulce sueño
y en canciones mi boca desdenosa.

Aún grande me sé tornar pequeño
para tocar la flauta silenciosa,
y llamar los pastores al ensueño
de tu callada estrella temblorosa.

De soberbio me sé tornar sencillo
para ver la amapola azul del leño
arder en llama y con amor risueño
en el campo mojado y amarillo.

Ante la clara lumbre navideña
la amarga voz de mi dolor me enseña
que estoy listo y maduro como espiga
que se revienta al fin de la fatiga.

Mi corazón revuelto como el mar,
se agita así, con vil desasosiego.
Yo me conduzco como niño ciego
cuando empiezo de nuevo a sollozar.

Pequeñito de carne dolorosa
sobre el heno de mística fragancia,
escúchame esta súplica ardorosa
de retornarme por mi antigua infancia.



DARIO RESTREPO JARAMILLO

POEMA ESCRITO EN LA SOLEDAD

Todo en esta soledad se reúne:
la lluvia, el aire triste, los recuerdos:
los últimos jazmines que en su boca
querían sostener la luz del cielo.

Todo en esta soledad me acompaña:
el hijo que esperaba en el silencio.
Y para el cual un nombre ya escogido
se irá a perder tan sólo en mi deseo.

Todo en esta soledad me persigue:
su voz que ardía al paso de los besos.
Y el milagro encendido de las noches
que temblaba en la sangre de su cuerpo.

Todo en esta soledad me castiga:
el canto de sus ojos en sus sueños,
y el corazón que iba a los jardines
para buscar perfumes más inmensos.

Todo en esta soledad se hace llanto:
las piedras que se agobian en el suelo,
las sangrientas ternuras que llegaban
hasta el aire caliente de su lecho.

Toda esta soledad es angustia:
la vida que se vive en el invierno
cuando la lejanía del amor
llora y llora en la sangre y en el pecho.

Todo en esta soledad tiene lágrimas:
las palabras doradas del anhelo
escritas cuando el paso de los días
le decía su amor a los almendros.

Todo en esta soledad tiene un nombre:
sus manos extendidas hacia el cielo,
sus ojos inefables que tenían
ese algo imposible y quizá cierto.

Todo en esta soledad busca un sitio:
las lágrimas caídas al pañuelo
que dejaban marcadas sólo un nombre,
alegre, desolado o verdadero.

Todo en esta soledad llega pronto:
las horas que me dicen mi desvelo,
más grande aún cuando la noche empieza
a descubrir caricias en su cuerpo.

Todo en esta soledad me desprecia:
la rosa misma que se pierde lejos
de su odio, y la pasión desbordada
que en ella me retuvo prisionero.

Todo en esta soledad quiere hablarme:
la lluvia de tan simple sentimiento,
la amarga voz que hasta mi sangre llega
a reunir los íntimos secretos.

Todo en esta soledad se reúne:
amor y odio en llanto y en silencio,
y las duras palabras que vendrán
a decirme el color de su recuerdo.



MARIO MONTOYA TORO

SONATINA

Trigo tu cabellera sobre el día
como en un vendaval de luz risueña;
norte definitivo del que sueña
aún antes de vivir la poesía.

Cuando alzas tu canción cerca a la mía
sobre tu voz la primavera enseña
esa diafanidad de que eres dueña,
—mujer edificada en melodía.—

Eres como los puros ruseñores,
o como las abejas que a las flores
roban la miel que late en su corola.

Y tienes por la luz transparentado
el dulce corazón enamorado
cuya interna raíz sabes tu sola.

ELEGIA Nº 2

"Era como el convólvulo —la flor de los crepúsculos—
y era como las teresitas azul crepuscular".—Barba Jacob.

El alma de los lirios situó su claro acento
en los vocablos puros con que nombraba el día;
el corazón —dulcísima raíz de sus arterias—
era tan pequeñito que en un verso cabía.

Tenía las pestañas como flautas de brisa,
apenas iniciadas en su esencia primera;
su cabello rodaba sobre los hombros leves,
como sobre dos valles una alta cordillera.

Conflagración de risas, su boca diminuta,
ajustada a la roja dimensión del clavel,
daba al aire sus voces —gloriolas azoradas—
que transcurrían dulces como un río de miel.

Por las rosas fundidas de su sangre temprana
—almiranta escarlata de su propio rubor—
caminaban los días como en lento naufragio
hacia el vértice límpido de sus años en flor.

Las pupilas abiertas frente al mundo infinito
decían un romance de alegría solar;
si juntaba las manos para abarcar más flores
los pájaros sobre ellas venían a cantar.

Las llamas de sus brazos que el aire rodeaba
cuando al cielo subían para invocar el sol,
eran un meridiano de sueños, comenzado
debajo de los frutos que alzaba el corazón.

Pero vino la muerte. Siempre la misma muerte!
—Espuma de los hombres que viajan hacia Dios...—
Se vació en la corola delgada de sus noches,
y cuando vino el día...no era más que un adiós...



MARIO SIRONI

RETRATO EN DOS CREPUSCULOS

— 1 —

Lenguas de grácil aroma
mojando la primavera
que su forma placentera
insinúa, cuando asoma.
Olán dulce de la poma,
imperante sobre el seno.
úbilo casto, sereno:
—tal el idioma del río—
Languidecer de rocío
para su cántico ameno!

— 2 —

Levedad de claroscuros
copian en seda silente
sus ojos —ámbar ardiente,—
para veranos futuros.
Haz de puñales, maduros
en el mirar verdadero,
son de su antojo certero
heridores o benignos,
e indecibles; mas sí dignos
de las prendas del lucero!

COPLILLAS DEL AGUA

El agua, como un collar
enroscado
a la garganta del prado,
trae un murmullo de sal.
El agua que a la mar va!

Cómo bajan sus hebrillas
de horizonte
rosado-ámbar hasta el monte,
de amplias y oscuras sombrillas.
El monte de agua en hebrillas!

Azul ósculo que siente
la maleza,
cuando —niña de pureza—
fluye su cuerpo naciente.
La que sabe alguna fuente!

Agua de los arenales
resurgida,
como un retazo de vida
bajo simunes letales.
Nutre palmas vesperales!

En donaire blanquecino
parpadea
su forma de gasa y tea,
—sobre roca, blando pino—
La catarata sin tino!

Breve caudal en su boca,
—guinda mía—
donde si Amor se extasía,
su transparencia no toca.
Breve caudal en su boca!

Agua del Alma! Coplillas,
quedamente,
mermen su mal. Acreciente
la aventura sus ondillas.
Agua del Alma! Coplillas!

